

Contratar una asistente

[2]

mostrar y, después de un punto y con su mayúscula y todo — detalle al que le encontré mucho mérito, tan engorroso como resulta el buscar en el teclado los signos de puntuación y las mayúsculas — me hacía la siguiente advertencia:

Agrande a 200%, que es como mejor se ve.

No pude hacer nada de lo que me indicaba porque mi móvil, mucho menos moderno que el de ella, no tiene internet y, como además me daba vergüenza contestarle con otro mensaje porque tengo muy poca soltura con los puntos y las comas, opté por dejarle — a la mañana siguiente, antes de salir para el ministerio — una notita escrita a mano en la que le daba las gracias por la advertencia del porcentaje pero la informaba, al mismo tiempo, de que no me era posible entrar en la página.

Eran poco más de las nueve y media cuando Gutiérrez compareció informando de que una dama¹ deseaba verme.

No me dio tiempo a, sobresaltado al escuchar una voz con la que no contaba, apartar la mirada de mis papeles y levantar la cabeza para, disimulando la sorpresa que me causaba verlo ahí, decirle “hágala pasar” porque una mano femenina enguantada lo empujó, aunque sin brusquedad, a un lado, y tras dedicarle un escueto “perdón” taconeó a paso vivo hacia mi mesa...

– Ah, Lola — dije, poniéndome de pie —; es usted.

¹ Gutiérrez, no sé si de forma natural o impostada, parecía más que un ordenanza un mayordomo inglés.

Pero cuando yo pulsé en la flecha — aunque en una pantalla tan pequeña no podía ver qué ponía dentro aquella era la única flecha roja — no sucedió nada. Y así se lo dije:

– ¿Seguro? — Y me miró con aprensión, como pensando “no sé yo si este”.

– Mírelo — Y tecleé, frente a su nariz incrédula, un par de veces o tres.

– Oh. Déjeme a mí.

Tomo el celular y, con el mismo pulgar y con la misma destreza que ya me sorprendiese unos segundos antes, tocó aquí y allá en los iconos y:

– ¡Ahí lo tiene!

–Ah, pero es que esto ya es otra cosa ¡Esta pantalla es bastante más grande!

– Vamos — rogó impaciente consultando su reloj de pulsera —; pulse la flecha que se les va a acabar el agua a las lentes.

Y pulsé, y funcionó, pero todo cuanto pude ver fue — bastante desencantado después de tanta intriga — otra pantalla también con recuadritos y flechas (aunque no rojas) igual que la primera...

– ¿Y? — Fue todo mi comentario.

– ¿Cómo que “y”? — Parecía perpleja o desolada — ¿Ha visto, ahí, en el centro, abajo?

– Sí. He mirado todo. Y tanto en la primera como en la segunda pantalla lo que aparecen son cuadraditos y flechitas y...

Contratar una asistente

[5]

- ¿Y a usted no le importa?

- ¿Y por qué habrían de importarme a mí unos cuadraditos y unas flechas?

- En fin — exhaló un profundo suspiro y apagó el teléfono —, usted sabrá. El asunto es desde luego suyo — agregó devolviéndolo al bolso y colocándose los guantes — y, si a usted no le parece alarmant...

- ¿Y qué puede tener de alarmante...

- Nada. Olvídelo — replicó en tono cortante y algo triste —. Además, ¿qué hago yo ocupándome de algo que no sea el agua de mis lentes?

Y tras dedicar a Gutiérrez un cortés “buenos días” salió caminando sobre sus altos tacones por la **puerta que, a la sazón o por entonces, tenía yo localizada justo enfrente de la que llegado el momento sería mi mesa.**